

— ¡ Por dónde se ha ido ! Por el piso ó por el cielo raso, que es por donde se escurren los genios. Ahora, condesa, cuidado con que tu peinado no se haga un nido de pájaros, que tu vestido no se convierta en una telaraña, y que no lleguemos á Versalles en una grande calabaza tirada por dos ratones.

Y al anunciar este último temor, el vizconde Juan subió á su vez á la carroza en que ya se habían colocada la condesa de Bearn y su muy dichosa ahijada.

## XV

## La presentación

Versalles, como todo lo que es grande, es y será siempre hermoso.

Aunque el musgo corroa sus piedras caídas, aunque sus dioses de plomo, de bronce ó mármol, yazcan dislocados en sus estanques, y sus calles de árboles podados eleven al cielo sus desgredadas copas, siempre ofrecerá, siquiera sea en las ruinas, un espectáculo pomposo y sorprendente para el hombre pensador ó el poeta, quien desde el gran balcón mirará los eternos horizontes después de haber mirado los esplendores efímeros.

Pero cuando era de ver lo espléndido de Versalles, era especialmente en medio de su vida y de su gloria. Cuando un pueblo inerme, contenido por un pueblo de soldados brillantes, batía con sus oleadas las doradas verjas; cuando las carrozas de terciopelo, de seda y raso, con soberbios escudos de armas, rodaban por el sonoro pavimento al galope de sus fogosos caballos; cuando todas las ventanas, iluminadas como las de un palacio encantado, dejaban ver un mundo resplandeciente de diamantes, rubíes y zafiros, que el ademán de un solo hombre doblegaba, cual doblega el viento las doradas espigas entremezcladas de blancas margaritas, de encarnadas amapolas y de acianos azules;

si, Versalles estaba hermoso, y aun lo estaba más cuando lanzaba por todas sus puertas correos á todas las potencias, y cuando los reyes, los príncipes, los señores, los oficiales, los sabios del mundo civilizado, pisaban sus ricos tapices y sus mosaicos preciosos.

Pero, con especialidad, cuando Versalles se engalanaba para una grande ceremonia, cuando las suntuosidades del guarda-muebles, y las grandes iluminaciones doblaban la magia de sus riquezas, tenía con que inspirar á los espíritus más fríos una idea de todos los prodigios que la imaginación y el poder humano pueden engendrar.

Tal era la ceremonia de recibimiento de un embajador, y tal era también para los simples gentileshombres la ceremonia de presentación. Luis XIV, creador de la etiqueta, que encerraba á cada uno dentro de un espacio insalvable, había querido que la iniciación en los misterios de su vida regia inspirase á los elegidos tal veneración, que jamás considerasen el palacio del rey sino como un templo, al que tenían el derecho de ir á adorar al dios coronado, en un sitio más ó menos cercano al altar.

Así, Versalles, sin duda degenerado ya, pero esplendente aun, había abierto todas sus puertas, encendido todas sus antorchas, sacado á luz todas sus magnificencias para la presentación de madama Dubarry. El pueblo de los curiosos, pueblo hambriento y miserable, pero que ¡cosa extraña! olvidaba su miseria y su hambre al aspecto de tantos esplendores, obstruía toda la plaza de Armas y toda la avenida de París. El palacio lanzaba fuego por todas sus ventanas, y sus girándulas parecían de lejos astros nadando en una nube de oro.

El rey salió de sus aposentos á las diez en punto. Estaba más majo que de costumbre, es decir, sus

encajes eran más ricos, y sólo las hebillas de sus charreteras y zapatos valían un millón.

Le había advertido el señor de Sartines la conspiración que se tramaba la vispera entre las damas celosas, y esto hacía que en su frente estuviese pintada la inquietud, y que temblara al no ver más que hombres en la galería.

Pero bien pronto se tranquilizó cuando, en el salón de la reina destinado especialmente á las presentaciones, vió en una nube de encajes y de polvos en que hormigueaban los diamantes, primero á sus tres hijas, luego á la mariscal de Mirepoix que tanto ruido había hecho la vispera; en fin á todas las turbulentas que habían jurado quedarse en su casa, y que se hallaban allí en la primera fila.

El duque de Richelieu corría como un general de la una á la otra, diciéndoles:

— ¡ Ah! os he cogido, pérfida!

Ó bien:

— ¡ Bien seguro estaba yo de vuestra defección!

Ó también:

— ¡ Qué os decía yo á propósito de conspiraciones?

— Pero ¡ vos mismo, duque? respondían las damas.

— ¡ Yo! yo representaba á mi hija, á la condesa de Egmont. Buscad, Septimania no se halla aquí, es la única que se ha mantenido firme, con madama de Grammont y madama de Guemenée; así estoy seguro de lo que me espera. Mañana entro en mi quinto destierro, á mi cuarta Bastilla. Decididamente, no vuelvo á conspirar.

Presentóse el rey, y sucedió un gran silencio, durante el cual se oyeron las diez, hora solemne. S. M. estaba rodeado de una corte numerosa, pues había más de cincuenta gentileshombres, que no se habían jurado no asistir á la presentación, y por

esta razón, probablemente, estaban todos presentes.

El rey observó desde luego que no se hallaban en aquella espléndida asamblea madama de Grammont, madama de Guemenée ni madama de Egmont.

Aproximóse al señor de Choiseul, que afectaba una gran calma, y que, á pesar de sus esfuerzos, no presentaba más que una falsa indiferencia.

— No veo aquí á la señora duquesa de Grammont, le dijo.

— Señor, respondió el señor de Choiseul, mi hermana está enferma, y me encarga de presentar á V. M. sus más humildes respetos.

— ¡ Tanto peor ! dijo el rey volviendo las espaldas al señor de Choiseul.

Al volverse se halló enfrente del príncipe de Guemenée.

— ¿ Y dónde está la princesa de Guemenée ? le dijo, ¿ No la habéis conducido, príncipe ?

— Imposible, señor : la princesa está enferma ; cuando iba á tomarla á su casa, la encontré en cama.

— ¡ Ah ! ¡ tanto peor ! dijo el rey. ¡ Hola ! aquí tenemos al mariscal. ¡ Buenas noches, duque !

— Señor, respondió el viejo cortesano inclinándose con la flexibilidad de un joven.

— Vos no estáis enfermo, dijo el rey bastante alto para que lo oyesen los señores de Choiseul y de Guemenée.

— Señor, respondió el duque, siempre que se trata para mí del honor de ver á V. M., tengo una admirable salud.

— Pero, repuso el rey mirando al rededor suyo, ¿ cómo es que vuestra hija madama de Egmont no está aquí ?

El duque, viendo que le escuchaban, tomó el aire de una profunda tristeza :

— ¡ Ay ! señor, mi pobre hija siente infinito verse privada de tener el honor de presentar sus muy humildes homenajes á los pies de V. M., especialmente esta noche ; pues está enferma, señor, enferma.....

— ¡ Tanto peor ! dijo el rey. ¡ Enferma ! ¡ Madama de Egmont, la más robusta de la Francia ! ¡ Tanto peor, tanto peor !

Y el rey se separó del señor de Richelieu como se había separado del señor de Choiseul y del señor de Guemenée.

Luego dió la vuelta por su salón cumplimentando á todos, especialmente á madama de Mirepoix que no cabía en sí de contenta.

— He ahí el precio de la traición, dijo el mariscal á su oído ; mañana os veréis colmada de honores, mientras que nosotros !... me estremezco de sólo pensarlo !

Y el duque lanzó un suspiro.

— Pero, parece que vos mismo no habéis vendido muy mal á los Choiseul, puesto que estáis aquí. Habéis jurado.....

— ¡ Por mi hija, mariscala, por mi pobre Septimania ! Y la veis en desgracia por haber sido demasiado fiel.

— ¡ Á su padre ! replicó la mariscala.

El duque aparentó no oír esta respuesta que podía pasar por un epigrama.

— Pero, dijo, ¿ no os parece, mariscala, que el rey está inquieto ?

— ¡ Cáspita ! ya tiene porqué.

— ¿ Cómo ?

— Son las diez y cuarto.

— ¡ Ah ! es verdad, y la condesa no llega. ¿ Queréis que os diga una cosa, mariscala ?

— Decid.

- Tengo un temor.
- ¿Cuál?
- De que haya sucedido algún percance á esa pobre condesa. Vos debéis saberlo.
- ¿Por qué debo yo saberlo?
- Sin duda, pues estáis metida en la conspiración de pies á cabeza.
- Y bien; os diré en confianza, duque, que tengo el mismo temor que vos.
- Nuestra amiga la duquesa es una terrible antagonista que hiere huyendo á la manera de los Partos, y ya sabéis que ha huído. Ved qué inquieto está el señor de Choiseul, á pesar de su empeño en aparentar tranquilidad; miradlo, no puede permanecer en un sitio, y no pierde de vista al rey. Vamos, ¿han tramado alguna cosa? Decídmelo francamente.
- Yo no sé nada, duque, pero soy de vuestro parecer.
- ¿Y qué adelantarán con eso?
- Ganar tiempo, duque, y ya sabéis el proverbio: quien gana tiempo todo lo gana. Mañana puede ocurrir un incidente imprevisto que retarde indefinidamente esa presentación. Mañana acaso llegará la Delfina á Compiègne, en lugar de llegar en cuatro días. ¡Tal vez se habrá querido ganar el día de mañana!
- Mariscala, ¿sabéis que vuestro cuentecito tiene todas las trazas de una realidad? madama Dubarry no llega, ¿caramba!
- Y mirad cómo se impacienta el rey.
- Es la tercera vez que se acerca á la ventana. El rey padece realmente.
- Entonces más va á padecer muy luego.
- ¿Y por qué?
- Escuchad. ¿Son las diez y veinte minutos?
- Sí.

- Ahora os lo puedo decir.
- ¡Y bien!
- La mariscala miró en torno suyo, y luego dijo en voz baja:
- Y bien; no vendrá.
- ¡Dios mío, mariscala! Pero eso será un escándalo abominable.
- Materia de un proceso, duque, y de un proceso criminal... capital... porque en todo eso, lo sé de buena tinta, habrá rapiña, violencia, y hasta lesa Majestad, si se quiere. Los Choiseul han jugado el todo por el todo.
- Han cometido una grande imprudencia.
- ¿Qué queréis? los ciega la pasión.
- He ahí la ventaja de no ser apasionado, de ser como nosotros, mariscala; á lo menos de este modo ve uno claro.
- Mirad, ved al rey que aun se acerca otra vez á la ventana.
- En efecto, Luis XV, sombrío, ansioso, irritado, se acercó á la ventana y apoyó su mano en la falleba cincelada y su frente contra los cristales.
- En este intermedio, oíase susurrar, como el ruido de un follaje antes de la tempestad, las conversaciones de los cortesanos.
- Todos los ojos iban del péndulo al rey.
- Hermoso tiempo, señor, dijo tímidamente.
- Soberbio, soberbio. ¿Comprendéis algo de esto, señor de Maupeou?
- ¿De qué, señor?
- De este retardo. ¡Pobre condesa!
- Preciso es que esté enferma, señor, respondió el canciller.
- Que madama de Grammont esté enferma, que lo esté madama de Guemenée, igualmente que madama

de Egmont, eso se concibe bien; pero que la condesa esté enferma, ¡no se concibe!

— Señor, una fuerte emoción puede causar una enfermedad, ¡y la alegría de la condesa era tan grande!

— ¡Ah! es hecho, dijo Luis XV sacudiendo la cabeza, es hecho; ahora ya no vendrá.

Aunque el rey había pronunciado estas palabras en voz baja, había un silencio tal, que casi las oyeron todos los circunstantes.

Pero no bien habían tenido tiempo para responder á ellas ni aun con el pensamiento, cuando resonó bajo la bóveda un gran ruido de carroza.

Todas las frentes oscilaron, todos los ojos se interrogaron mutuamente.

El rey dejó la ventana y fué á colocarse en medio del salón para ver á lo largo de la galería.

— Mucho temo que no llegue alguna desagradable noticia, dijo la mariscala al oído del duque, el cual disimulaba una fina sonrisa.

Pero de repente se dilató el rostro del rey, y brilló en sus ojos la alegría.

— ¡La señora condesa Dubarry! gritó el ujier al maestro de ceremonias.

— ¡La señora condesa de Bearn!

Estos dos nombres hicieron palpitar todos los corazones bajo sensaciones muy opuestas. Adelantóse hacia el rey una oleada de cortesanos invenciblemente arrastrados por la curiosidad.

Madama de Mirepoix fué la que se halló más inmediata á Luis XV.

— ¡Oh, qué bella está! exclamó la mariscala juntando las manos como si estuviese dispuesta á comenzar la adoración.

El rey se volvió y sonrió á la mariscala.

— No es una mujer, dijo el duque de Richelieu, es una hada.

El rey envió el final de su sonrisa al viejo cortesano.

En efecto, jamás había estado tan bella, jamás semejante suavidad de expresión, jamás emoción mejor representada, mirada más modesta, talle más noble, andar más elegante, había excitado la admiración en el salón de la reina, á pesar de ser, como hemos dicho, el salón de las presentaciones.

Bella hasta el encanto, rica sin fausto, y sobre todo peinada hechiceramente, adelantábase la condesa cogida de la mano de madama de Bearn, quien, á pesar de sus atroces dolores, no cojeaba ni pestañeaba, pero cuyo colorete se iba desprendiendo en átomos secos, pues tanto era lo que se alejaba la vida de su rostro, tanto lo que cada fibra de su cuerpo se estremecía dolorosamente á cada movimiento de su pierna herida.

Todos fijaron la vista en aquel extraño grupo.

La vieja dama, escotada como en su juventud, con un peinado de un pie de altura, grandes ojos hundidos, y brillantes como los de una zumaya, su magnífico traje, y su andar de esqueleto, parecía á la imagen del tiempo pasado dando la mano al tiempo presente.

Aquella dignidad seca y fría guiando á aquella gracia voluptuosa y decente, llenó de admiración y, sobre todo, de asombro á la mayor parte de los concurrentes.

Tan vivo era el contraste, que al rey le pareció que madama de Bearn le traía su manceba más joven, más fresca y risueña de lo que jamás la había visto.

Así, en el momento en que, según la costumbre, la condesa hincaba en el suelo la rodilla para besar la mano del rey, Luis XV la cogió del brazo y la levantó con estas solas palabras, que recompensaron cuanto había sufrido en aquellos quince días:

— ¡ Á mis pies, condesa ! ¡ Os reis !... Yo soy quien debería, y sobre todo, quien querría estar á los vuestros.

Luego, el rey abrió los brazos, según el ceremonial, pero en lugar de hacer la ceremonia de abrazar, abrazó realmente.

— Tenéis una hermosísima ahijada, señora, dijo el rey á madama de Bearn, pero también ella tiene una noble madrina á quien estoy sumamente encantado de volver á ver en mi corte.

La vieja dama se inclinó.

— Id á saludar á mis hijas, condesa, dijo el rey en voz baja á madama Dubarry, y hacedles ver que sabéis hacer la reverencia. Espero que no quedaréis descontenta de la que ellas os devolverán.

Las dos damas continuaron su marcha en medio de un gran espacio que dejaban vacío en torno de ellas á medida que se adelantaban, pero que las ardientes miradas parecían llenar de llamas.

Las tres hijas del rey, al ver á madama Dubarry acercarse á ellas, se levantaron como resortes y aguardaron.

Luis XV vigilaba. Sus ojos fijos en las princesas les recomendaban la política más favorable.

Las princesas, un poco conmovidas, hicieron la reverencia á madama Dubarry, la cual se inclinó mucho más de lo que la etiqueta mandaba, lo que pareció del mejor gusto, y encantó de tal modo á las princesas, que la abrazaron, como había hecho el rey, con una cordialidad de la que S. M. se mostró muy satisfecho.

Desde entonces pudo contar la condesa su triunfo como seguro, y fué preciso que los más lentos ó los menos diestros de los cortesanos esperasen una hora

antes de hacer llegar sus saluciones á la reina de la fiesta.

Ésta, sin ceño, sin cólera y sin reeriminación, recibió todas las felicitaciones, olvidando al parecer todos los resentimientos. Nada fingido había en aquella benevolencia magnánima ; pues su corazón rebosaba de alegría, y no había en él cabida para un solo sentimiento odioso.

El señor de Richelieu no era ya el vencedor de Mahón : sabía maniobrar. Mientras que los cortesanos vulgares permanecían, durante las reverencias, en sus puestos, y esperaban el resultado de su presentación para incensar ó denigrar al ídolo, el mariscal había ido á tomar posición detrás de la silla de la condesa, y semejante al guía de caballería que va á plantarse á cien toesas en el llano para esperar que se despliegue una fila en su punto exacto de conversión, el duque esperaba á madama Dubarry, y debía naturalmente hallarse cerca de ella sin que nadie le pisara. Madama de Mirepoix por su parte, conociendo la felicidad que su amigo había tenido siempre en la guerra, imitó aquella maniobra, y había aproximado insensiblemente su silla á la de la condesa.

Establecieronse las conversaciones en cada grupo, y toda la persona de madama Dubarry fué pasada por tamiz.

La condesa, sostenida por el amor del rey, por la acogida afectuosa de las princesas y por el apoyo de su madrina, dirigió una mirada menos tímida á los hombres colocados al rededor del rey, y, segura de su posición, buscó á sus enemigas entre las mujeres.

Un cuerpo opaco interrumpió la perspectiva.

— ¡ Ay ! señor duque, dijo, era preciso que viniera aquí para veros.

— ¿ Qué decís, señora ? preguntó el duque.

— Sí, hace ocho días que no se os ve ni en Versailles, ni en París, ni en Luciennes.

— Esperaba tener el placer de veros aquí esta noche, contestó el viejo cortesano.

— ¿Quizá lo preveíais?

— Estaba seguro de ello.

— En verdad, duque, que no os perdono que sabiendo eso, no me hayáis avisado, á mí que soy vuestra amiga y que nada sabía.

— ¿Cómo es eso, señora? dijo el duque, ¿no sabíais que debíais venir aquí?

— No, estaba poco más ó menos como Esopo cuando un magistrado lo detuvo en la calle: « ¿Adónde vais? » le preguntó. « No lo sé, respondió el fabulista. » « ¿Añ! de veras! en ese caso iréis á la cárcel. » « Ya veis que no sabía dónde iba. » Del mismo modo, duque, podría yo creer que iba á Versailles pero no estaba muy segura para decirlo. He aquí porqué me hubierais hecho un favor con venir á verme... pero... vendréis ahora, ¿no es verdad?

— Señora, dijo Richelieu sin mostrarse alterado por la burla, no comprendo bien porqué no estabais segura de venir aquí.

— Voy á deciroslo; porque estaba rodeada de asechanzas.

Y miró fijamente al duque, que sostuvo con imperturbabilidad aquella mirada.

— ¿De asechanzas! ¿Oh, Dios mío! ¿Qué me decís, condesa?

— En primer lugar, me han robado mi peluquero.

— ¿Oh! ¿oh! ¿vuestro peluquero!

— Sí.

— ¿Por qué no mandasteis á decírmelo? Yo os hubiera enviado... pero os suplico que hablemos más bajo; os hubiera enviado una perla, un tesoro que

madama de Egmont ha desenterrado, un artista muy superior á todos los peluqueros: mi buen Leonardo.

— ¿Leonardo! exclamó madama Dubarry.

— Sí; un hombrecillo que peina á Septimania, y que ella oculta á todos los ojos, como Harpagón hace con su tesoro. Por lo demás, no debéis quejaros, condesa; estáis maravillosamente peinada, y ¡cosa singular! el dibujo de ese peinado se asemeja al croquis que madama de Egmont pidió ayer á Boucher, y de que pensaba servirse ella misma, si no hubiera caído enferma. ¡Pobre Septimania!

La condesa tembló y miró al duque más fijamente todavía; pero el duque permaneció risueño é impenetrable.

— Perdonad, condesa; os he interrumpido, ¿hablabais de asechanzas?.....

— Sí, después de haberme robado mi peluquero, me han sustraído mi magnífico vestido.

— ¿Oh! eso es odioso; pero os podíais pasar sin el que os han quitado, pues os veo vestida con una tela riquísima... Es de seda de China, ¿no es verdad? Pues bien; si os hubierais dirigido á mí en vuestro apuro, como es menester que hagáis en lo sucesivo, os hubiera enviado el vestido que mi hija había mandado hacer para su presentación, y que era tan parecido á este, que podía creer que era el mismo.

Madama Dubarry cogió las dos manos del duque, porque empezaba á comprender quién era el encantador que le había sacado de su conflicto.

— ¿Sabéis en qué coche he venido, duque?

— No; probablemente en el vuestro.

— Duque, me habían robado mi coche, como mi vestido y como mi peluquero.

— ¿Pues entonces eso era una conspiración general contra vos? ¿Y en qué coche habéis venido?

— Decidme primero cómo es el coche de madama de Egmont.

— Me parece que previendo la solemnidad de esta noche, había mandado hacer uno forrado de raso blanco; pero no ha habido tiempo para pintar sus armas.

— Sí, en efecto, una rosa se pinta más pronto que un escudo. Los Richelieu y los Egmont tienen armas muy complicadas. Sois, duque, un hombre adorable.

Y le presentó sus dos manos, de las que el viejo cortesano se hizo una máscara tibia y perfumada.

De repente, en medio de los besos con que las cubría, sintió el duque temblar las manos de madama Dubarry.

— ¿Qué es eso? preguntó mirando á su alrededor.

— Duque... dijo la condesa con una mirada de asombro.

— ¿Y qué?

— ¿Quién es ese hombre que está allí abajo, al lado del señor de Guemenée?

— ¿Aquel que tiene uniforme de oficial prusiano?

— Sí.

— ¿Aquel hombre moreno, de ojos negros y de fisonomía expresiva?

— Sí.

— Condesa, es algún oficial superior que S. M. el rey de Prusia envía aquí sin duda para honrar vuestra presentación.

— No lo dudéis, duque, ese hombre ha estado ya en Francia hace tres ó cuatro años; ese hombre, que no había podido encontrar, y á quien he buscado por todas partes, no es la primera vez que le veo; sí, le conozco.

— Os equivocáis, condesa, ese es el conde de

Fénix, un extranjero que ha llegado ayer ó antes de ayer.

— ¿No observáis cómo me mira, duque?

— Todo el mundo os mira, señora, ¡estáis tan bella!

— ¿No veis cómo me saluda?

— Todo el mundo os saludará, si no os han saludado ya todos, condesa.

Pero la condesa, dominada por una emoción extraordinaria, no escuchaba las galanterías del duque, y clavados los ojos en el hombre que había cautivado su atención, dejó como á pesar suyo á su interlocutor para dar algunos pasos hacia el desconocido.

El rey, que no la perdía de vista, notó este movimiento; creyó que ella reclamaba su presencia, y como ya había observado la etiqueta más rigurosa bastante tiempo, manteniéndose apartado de ella, se aproximó para felicitarla.

Pero la preocupación que se había apoderado de la condesa era demasiado fuerte para que pudiera fijar su imaginación en otro objeto.

— Señor, dijo, ¿quién es ese oficial prusiano que da la espalda al señor de Guemenée?

— ¿Y que nos mira en este momento? preguntó Luis XV.

— Sí, contestó la condesa.

— Es un enviado de mi primo el rey de Prusia... algún filósofo como él. Le he hecho venir esta noche, porque quería que la filosofía prusiana consagrara el triunfo de Cotillón III por medio de embajador.

— ¿Y su nombre, señor?

— Esperad, el rey se puso á meditar, ¡ah! eso es, el conde de Fénix.

— ¡Él es! murmuró madama Dubarry; él es, estoy segura de ello.

El rey esperó algunos segundos para dar á madama



Dubarry tiempo de hacerle nuevas preguntas; pero viendo que guardaba silencio:

— Madamas, dijo alzando la voz, mañana llega madama la Delfina á Compiègne. S. A. R. será recibida á las doce en punto: todas las damas *presentadas* se pondrán en camino, excepto las que se hallen enfermas; porque el viaje es molesto, y madama la Delfina no querría agravar las indisposiciones.

El rey pronunció estas palabras mirando con severidad al señor de Choiseul, al señor de Guemenée y al señor de Richelieu.

Hubo al rededor del rey un silencio de terror. El sentido de las regias palabras había sido comprendido perfectamente: este sentido era que todos aquellos á quienes el rey se dirigía, habían caído de su real gracia

— Señor, dijo madama Dubarry, que había permanecido al lado del rey, os pido merced en favor de la condesa de Egmont.

— ¿Y por qué?

— Porque es la hija del duque de Richelieu, y el señor de Richelieu es mi más fiel amigo.

— ¿Richelieu?

— Estoy segura de ello.

— Haré lo que gustéis, condesa, dijo el rey.

Y aproximándose al mariscal, que no había perdido de vista un solo movimiento de los labios de la condesa, y que si no había oído á lo menos había adivinado lo que acababa de decir:

— Espero, mi querido duque, dijo, que madama de Egmont estará restablecida para mañana.

— Ciertamente, señor, y si V. M. lo desea lo estará para esta noche.

Y Richelieu saludó al rey de un modo que expresaba al mismo tiempo su gratitud y su respeto.

El rey se inclinó al oído de la condesa y le dijo una palabra en voz baja.

— Señor, respondió ésta haciendo una reverencia acompañada de la más graciosa sonrisa, soy vuestra humilde súbdita.

El rey saludó á todos con la mano y se retiró á sus habitaciones.

Apenas había pasado el umbral del salón, cuando los ojos de la condesa volvieron á fijarse más espantados que nunca sobre aquel hombre singular que la preocupaba tan vivamente.

Este hombre se inclinó como los demás al pasar el rey; pero aunque saludó, su frente conservaba una singular expresión de altivez y casi de amenaza. En seguida, luego que Luis XV hubo desaparecido, abriéndose calle por entre los grupos, vino á pararse á dos pasos de madama Dubarry.

La condesa, por su parte, arrastrada por una inevitable curiosidad, dió un paso, de suerte que el desconocido, inclinándose, pudo decirle en voz baja y sin que nadie lo oyese:

— ¿Me conocéis, señora?

— Sí, señor: sois mi profeta de la plaza de Luis XV.

El desconocido fijó entonces en ella su mirada limpiada y segura.

— Y bien, ¿os mentí, señora, cuando os predije que seriais reina de Francia?

— No, señor, vuestra predicción está cumplida, ó casi cumplida. También yo por mi parte estoy dispuesta á cumplir mi compromiso. Hablad, señor; ¿qué deseáis?

— El sitio no es el más á propósito, señora, y por otra parte, no ha llegado todavía el tiempo de haceros mi petición.

— En cualquier tiempo que me hagáis esa petición, me hallaréis pronta á satisfacerla.

— ¿ Podré en cualquier tiempo, en cualquier sitio y á cualquiera hora penetrar hasta vos, señora ?

— Os lo prometo.

— Gracias.

— Pero, ¿ bajo qué nombre os presentaréis ? ¿ bajo el de conde de Fénix ?

— No, sino bajo el de José Bálsamo.

— ¿ José Bálsamo !... repitió la condesa, mientras que el misterioso extranjero se perdía en medio de los grupos. ¿ José Bálsamo ! ¿ Está bien ! no lo olvidaré.

## XVI

## Compiègne

Al día siguiente despertó Compiègne ebrio y transportado, ó por mejor decir, Compiègne no se acostó.

Desde la víspera la vanguardia de la casa del rey había dispuesto sus alojamientos en la ciudad, y mientras que los oficiales se enteraban de sus respectivas habitaciones, los notables, de acuerdo con el intendente de palacio, preparaban la ciudad al gran honor que iba á recibir.

Verdes arcos de triunfo formados de ramajes, macetas de rosas y lilas, inscripciones latinas, francesas y alemanas, verso y prosa, ocuparon á la municipalidad todo un día.

Jóvenes vestidas de blanco, según el uso inmemorial, los regidores vestidos de negro, los frailes franciscanos vestidos de gris, el clero adornado con sus hábitos más ricos, y los soldados y oficiales de la guarnición con sus uniformes nuevos, ocuparon sus respectivos puestos, preparados todos á marchar tan pronto como anunciaran la llega de la princesa.

El Delfín, que había partido desde la víspera, llegó de incógnito á las once de la noche con sus dos hermanos. Apenas amaneció montó á caballo sin distinción alguna, como si hubiese sido un simple particular, y acompañado del conde de Provenza y del de